Al volver á bordo, así que hubieron almorzado, nuestros diputados dieron cuenta al general del resultado de su mision, y el rey de Masana, que era el soberano mas poderoso de aquellas islas, despues del de Zebú, fué en persona á tierra para anunciar las buenas disposiciones del capitan general.

Al siguiente dia, volvio á Zebú el intérprete acompañado del escribiente de nuestro buque. El rey salió á recibirles, rodeado de sus cortesanos, mandóles sentar, y les dijo que estando convencido de todo cuanto habia oido, no solo renunciaba á todo derecho, sino que estaba pronto, si así se exijia, á constituirse en tributario del emperador. Respondiéronle que no se le exijia mas derecho que el comercio esclusivo de la isla, á lo cual consintió el rey, y les encargó que asegurasen al general que si queria ser verdaderamente su amigo, no tenia mas que sacarse un poco de sangre del brazo derecho y enviársela; que él haria lo propio, y quedaria así cimentada entre ambos una amistad sincera y sólida. El intérprete le prometió que se haria tal como lo deseaba. Añadió el rey que todos los capitanes amigos que iban á su puerto le hacian algunos presentes, y él despues les enviaba otros por su parte, pero que dejaba al capitan árbitro de dar ó recibir el primero. Nuestro intérprete le dijo que ya que daba tanta importancia á este uso, que empezase cuando quisiese, y el rey consintió en ello.

El martes, por la mañana, vino á bordo el régulo de Masana con el mercader moro, y despues de haber saludado al capitan de parte del rey de Zebú, le dijo que aquel soberano estaba ocupado en hacer acopio de cuantos víveres pudiese juntar, y que por la tarde le enviaria á su sobrino con algunos de sus ministros para cimentar la paz. Dióles las gracias el capitan y les enseñó un hombre armado de piés á cabeza, diciéndoles que si era preciso combatir, iriamos todos armados del mismo modo. Asustóse el moro viendo nuestra armadura, pero el capitan le tranquilizó, diciéndole que nuestras armas eran tan útiles á nuestros amigos como fatales para nuestros enemigos, y que nos era tan fácil arrollar á los enemigos de nuestro rey y nuestra fé, como el enjugarnos el sudor de la frente con el pañuelo. Habló así el capitan para que el moro lo repitiese al rey de Zebú.

Por la tarde, vino en efecto el sobrino del rey y presunto heredero de la corona, con el rey de Masana, el moro, el gobernador y el preboste mayor, con ocho gefes de la isla, á hacer un tratado de paz y alianza con nosotros. Recibiólos el capitan con mucha dignidad; sentóse en un sillon de terciopelo encarnado, dando sillas de la misma tela al rey de Masana y al príncipe; los gefes se sentaron en sillas de cuero y los demás en esteras.

Preguntó el capitan por medio del intérprete, si era allí costumbre hacer los tratados en público, y si el príncipe y el rey de Masana tenian los poderes necesarios para estipular un tratado de alianza con él. Respondieron que estaban competentemente autorizados y que se podia hablar delante del pueblo. Entonces el capitan les hizo comprender todas las ventajas de aquella alianza, rogó á Dios que la confirmase en el cielo, y añadió otras muchas cosas que inspiró á aquella gente amor y respeto hácia nuestra religion.

Preguntó tambien el capitan si tenia el rey hijos varones, y le respondieron que no tenia mas que hijas, de las cuales la mayor estaba casada con su primo, el príncipe allí presente, siendo heredero del trono en virtud de este matrimonio. Hablando de la sucesion á la corona, nos hicieron saber que cuando los padres llegan á cierta edad, pierden toda consideracion y pasa el poder á los hijos. Esta costumbre escandalizó al capitan, quien la condenó en nombre de Dios, criador del cielo y de la tierra, que manda espresamente honrar padre y madre só pena de castigar con el infierno á los que infrinjan este precepto. Con este motivo añadió varios pasajes de los principales de la historia sagrada, que produjeron suma impresion en el ánimo de aquellos insulares y les dieron vivos deseos de conocer los principios de nuestra religion; á este fin, rogaron al general que, despues de su partida, les dejase á uno ó dos hombres capaces de enseñarles la doctrina cristiana, los cuales serian tratados con toda consideracion. Pero el capitan les hizo comprender que lo mas esencial en aquel momento era recibir el bautismo, cosa que podia hacerse antes de partir; díjoles que no le era dable dejarles hombre alguno, pero que volveria algun dia y les llevaria frailes y clérigos para que les instruyesen en nuestra santa religion. Mostráronse muy complacidos con este discurso y prometieron hacerse bautizar en cuanto hubiesen consultado con su rey. Se les previno que no lo hiciesen por fuerza, pues el objeto de nuestro viaje no era el de violentar la fé de nadie, aunque no por eso dejariamos de dar á conocer la verdad; respondieron ellos que

querian hacerse cristianos por su voluntad, y que sus mujeres é hijos se bautizarian tambien. Enfin, aquellos isleños se mostraron tan decididos á abrazar nuestra santa religion, que el capitan conmovido dió á todos un estrecho abrazo, y tomando las manos del príncipe heredero y las del rey de Masana, dijo que, « en nombre de la fé que tenia en Dios y en el de la fidelidad que debia al emperador, su señor, y por el hábito que llevaba [1], establecia y prometia una paz perpetua entre el rey de España y el de Zebú. » Los dos embajadores hicieron igual promesa.

Acabada la ceremonia se sirvió de almorzar, y los indios presentaron al capitan, de parte del rey de Zebú, grandes canastos de arroz, cerdos, cabras y gallinas, escusándose por la pequeñez del regalo. El capitan, por su parte, hizo tambien varios presentes al príncipe heredero, al rey de Masana y á los que les acompañaban.

Poco despues que partieron los isleños, me envió el general, con otro compañero, para llevar al rey de Zebú los presentes que le estaban destinados; consistian estos en una chaqueta de seda amarilla y morada hecha á la turca, un bonete encarnado, cristalinas y cuentas de vidrio, todo colocado en unas bandejas de plata, con dos tazas de cristal dorado.

Llegamos á la ciudad y hallamos al rey en su palacio con un gran acompañamiento, sentado en el suelo sobre una estera de palmera, sin mas vestidos que un delantal de algodon, un velo bordado al rededor de la cabeza, y por adornos un collar de gran precio y dos aretes de oro. Era pequeño, rechoncho, y su cuerpo estaba lleno de pinturas hechas con fuego [2].

Despues de haberle saludado, le dijo el intérprete que el general, su amo, le daba las gracias por los regalos que le habia enviado, y que en cambio le rogaba que aceptase aquellas frioleras en señal de la sincera amistad que venia á contraer con él. Despues de este preámbulo le metimos la chaqueta, pusímosle el gorro y le presentamos las bandejas. Todo lo recibió con agrado y nos convidó á comer huevos de tortuga y á beber vino de palmera. Mientras estábamos comiendo, le refirieron su sobrino y el rey de Masana, todo cuanto habia dicho el general tocante la paz y las exhortaciones que les hizo para que abrazasen el cristianismo.

Al anochecer, nos llevó á su propia casa el príncipe heredero, y hallamos allí á cuatro muchachas que estaban tocando la música, á su modo, en unos panderos metálicos que agitaban, dos de ellas con las manos, otra golpeaba en ellos con unos palillos, y la cuarta los batia alternativamente uno contra otro. Estos panderos producian un sonido muy suave, y las ejecutantes llevaban tan bien el compás, que daban pruebas de una gran inteligencia en la música. Las muchachas eran muy bonitas, casi tan blancas como nuestras europeas, y cubiertas solamente con un pedazo de corteza de árbol desde la cintura á las rodillas. Despues de haber merendado en casa del príncipe, nos volvimos á bordo.

Habiendo muerto uno de los nuestros durante la noche, volvi á ver al rey con el intérprete, el miércoles por la mañana, para pedirle el permiso de enterrale; contestó que puesto que el general podia disponer de él y de sus súbditos, con mayor motivo podia disponer de sus tierras. Añadimos que debíamos consagrar el sitio de la sepultura y plantar una cruz en él; el rey no solo consintió, sino que prometió adorar la cruz.

Consagramos, en efecto, lo mejor que pudimos el sitio destinado para servir de cementerio á los cristianos, segun el rito de la Iglesia, para que tuviesen los indios buena opinion de nosotros, y enterramos á dos muertos, por haber fallecido otro durante el dia.

Habiendo desembarcado aquel dia nuestras mercancías, las depositamos en una casa que tomó el rey bajo su proteccion, así como á los cuatro hombres que envió el general para comerciar. Es aquel pueblo amante de la justicia y tiene sus balanzas, pesos y medidas de capacidad. Les gustan los placeres y la ociosidad. Ya he dicho de qué modo tocan el pandero las muchachas; añadiré que tocan tambien una especie de caramillo, parecido al nuestro, al que llaman *subin*. Los hombres tocan una especie de violin con cuerdas metálicas.

[1] Probablemente era el hábito de la órden de Santiago, de la que era comendador.

[2] Eran unos dibujos groseros, hechos en la piel por medio de un caústico. En tiempo del descubrimiento, se designaron aquellas islas con el nombre de *islas de los Pintados*, á causa de las pinturas con que se adornaban las carnes los naturales.

Sus casas están construidas con vigas, tablas y cañas; se dividen en varias piezas como las nuestras. Se hallan edificadas sobre estacas, de manera que debajo dejan un espacio que sirve de gallinero y establo.

El viernes, abrimos nuestro almacen y espusimos las mercancías, que los isleños miraban pasmados. Nos daban oro por hierro, bronce y otros metales comunes. Las alhajitas y otros objetos de poco tamaño, se vendian por arroz, cerdos, cabras y otros comestibles. Por catorce libras de hierro, llegaron á ofrecernos diez piezas de oro, del valor de ducado y medio cada una. El general prohibió apresurarse en obtener oro; sin esta órden cada marinero habria vendido cuanto poseia para proporcionarse aquel metal, lo que habria arruinado para siempre nuestro comercio.

Habiendo prometido el rey al general, abrazar la religion cristiana, se señaló el domingo 14 de abril para esta ceremonia. Levantóse con este objeto un tablado cubierto con tapices y ramas de palmera, en el sitio que habíamos consagrado, y desembarcamos unos cuarenta con el estandarte real llevado por dos hombres armados de piés á cabeza. Una salva de artillería anunció nuestro desembarco. El rey y el general se dieron un abrazo y subieron al tablado, donde habian colocado, para ellos, dos sillas cubiertas de terciopelo azul. Los isleños de alguna categoría se sentaron en unos almohadones y los demás en esteras.

Dijo entonces el capitan al rey, que entre las muchas ventajas de que iba á gozar siendo cristiano, tendria la de vencer mas fácilmente á sus enemigos. Respondió el régulo que se alegraba mucho de ser cristiano, aun sin esta circunstancia, pero que desearia hacerse respetar de ciertos gefes de la isla que rehusaban sometérsele, alegando que eran tan hombres como él. El general les mandó decir por medio del intérprete que si no reconocian por soberano al rey de Zebú, les haria matar á todos y daria sus bienes á aquel monarca. Al oir esta amenaza, prometieron todos vasallaje.

El general, por su parte, prometió al rey que volveria de España con fuerzas considerables y le haria ser el rey mas poderoso de aquellas islas, en recompensa de haber sido el primero en abrazar el cristianismo. Pidióle el rey algunos de nosotros para que se quedasen allí para instruirles en la religion cristiana, y el capitan se lo prometió con tal que le diese á su vez á dos de los principales habitantes de la isla para llevarlos á España, instruirlos allí y devolverlos luego á su tierra.

Plantamos una cruz en medio de la plaza, é hicimos pregonar que cualquiera que quisiese abrazar la religion cristiana, debia destruir á sus ídolos y adorar la cruz en su lugar. Habiendo consentido todos en ello, se bautizaron á unas quinientas personas, entre ellos al rey de Zebú, que se llamó *Carlos*, como el emperador, al sobrino de este, al rey de Masana, al moro de Siam y á la reina de Zebú. Presentamos á esta última una pequeña estatua de la Vírgen y la adoró, pidiéndonosla despues para ponerla en el lugar donde habian destruido á sus ídolos. Dimos á esta princesa el nombre de Juana, en conmemoracion de la madre del emperador, y al siguiente dia bautizamos á cerca de ochocientas personas mas, entre ellas á la mujer del príncipe heredero, á quien dimos por nombre Catalina, y á la reina de Masana que llamamos Isabel.

Todos los habitantes de Zebú y de las islas vecinas recibieron el bautismo. Solo una aldea rehusó obedecer al rey, y la quemamos plantando una cruz en el solar. Si en vez de ser idólatras hubiesen sido musulmanes los habitantes de aquella aldea, hubiéramos plantado una columna de piedra para recordar la dureza de su corazon.

Todos los dias bajaba á tierra el general para oir misa, y como iban tambien gran número de los nuevos cristianos, se les hacia una especie de catecismo, esplicándoles muchos puntos de nuestra religion.

Para que el rey fuese mas respetado y mejor obedecido que hasta entonces, mandó el capitan que viniese un dia á misa con un manto de seda blanca que le regaló, y habiendo hecho comparecer á sus dos hermanos y á la mayoría de los gefes de la isla, exijió que prestasen juramento de obediencia al rey, lo que ejecutaron todos, besándole la mano.

En seguida el general hizo jurar al rey de Zebú sumision y fidelidad al rey de España, añadiendo que debia morir antes que quebrantar su juramento. El rey se lo prometió, y para darle una prenda de aprecio y de admiracion, le regaló dos pendientes de oro bastante grandes, dos brazaletes del mismo metal y

dos anillos igualmente de oro para los piés; todas estas joyas estaban engastadas de piedras preciosas y constituyen el mayor adorno de los soberanos de aquellas regiones, que van siempre descalzos y desnudos con solo un delantal de lienzo.

Mandó el capitan al rey y á todos los demás cristianos nuevos que quemasen á sus ídolos; prometiéronlo así, pero viendo que, lejos de apresurarse á hacerlo, les continuaban haciendo sacrificios de carnes, segun el antiguo uso, les dió una severa reprension y reiteró el mandato. Escusáronse los amonestados diciendo que hacian aquellos sacrificios por un pobre enfermo á quien creian que los ídolos restituirian la salud. Era este enfermo un hermano del príncipe que pasaba por el hombre mas cuerdo y mas valiente de la isla; su enfermedad se habia agravado en términos que hacia cuatro dias que habia perdido el habla.

El capitan les dijo que si era verdadera la fé que tenian en Jesucristo, quemasen á los ídolos al momento y bautizasen al enfermo, que así se pondria bueno. Añadió que se hallaba tan convencido de lo que deciá, que no titubeaba en perder la cabeza en caso de que no sucediera como decia. Prometió el rey someterse á todo, y fuimos á bautizar al enfermo que se hallaba en muy mal estado. Así que acabamos de bautizarle, le preguntó el capitan cómo se hallaba, y respondió, recobrando el habla de repente, que gracias á Nuestro Señor se hallaba bien. Todos fuimos testigos de este milagro, y el capitan dió fervorosas gracias á Dios. Hizo tomar refrescos al enfermo, le envió un colchon y sábanas, y al cabo de cinco dias se halló enteramente restablecido. Fué su primer cuidado, al levantarse, quemar á todos los ídolos en presencia del rey y de todo el pueblo, y destruir muchos templos que se hallaban en la orilla del mar, donde se reunia el pueblo para comer la carne consagrada á las falsas divinidades. Todos los habitantes aplaudieron estas ejecuciones y se propusieron destruir todos los ídolos de la isla al grito de *¡Viva Castilla!*

Los ídolos de aquel país son de madera, huecos por detrás, con brazos y piernas abiertos y piés levantados; tienen una cara muy ancha y la boca abierta enseñando cuatro dientes tan largos como los del jabalí [1].

Los habitantes tienen muchas costumbres supersticiosas, entre otras la *bendicion del marrano*. Consiste esta ceremonia en que dos viejas, cada una con una lanza en la mano, traspasan el corazon de un lechon, en medio de trompetas, timbales, ramas de palmera y de un inmenso gentío; luego las viejas mojan á los circunstantes en la frente con la sangre del cerdo, y todos comen de este animal despues de haberlo asado y purificado [2]. Cuando muere uno de sus gefes, pratican tambien una série de ceremonias estravagantes, y lo peor es que duran cinco ó seis dias, durante los cuales y con el calor que hace allí, el cadáver se pudre á pesar de las plantas aromáticas con que lo envuelven.

Se nos aseguró que todas las noches iba un pájaro negro y grande como el cuervo, á ponerse en e tejado de las casas, y con sus graznidos asustaba á los perros que no cesaban de ahullar hasta que amanecia.

La isla no carece de víveres; además de los animales citados ya, hay perros y gatos que comen los habitantes; produce arroz, mijo, maiz, naranjas, limones, cañas de azúcar, cocos, calabazas, ajos, gengibre, miel, vino de palmera [3] y otros productos. El oro es bastante abundante. La pueblan muchas aldeas y hay en cada una de ellas un gefe y varios personajes sobresalientes entre los habitantes; las

[1] Como atestigua la antigua relacion de Loarca, habia de estos ídolos un número prodigioso, y se les designaba con e nombre de *anitos*. « En algunos parajes, dice este viajero, principalmente en las montañas, cuando un indio pierde á su padre, á su madre ó á un pariente cercano, construye un ídolo de madera que conserva con cuidado, de modo que hay casa donde se ven 150 ó 200 ídolos. Creen que los muertos van á servir á *Batala*, que consideran como al Dios supremo. » — *Macaptan* es el dios terrible, que habita mas allá de los cielos; *Lalahon* es la personificacion de un volcan terrible. *Varanguo* ó el arco íris puede devolver la salud á los enfermos. (Véanse los *Archivos de los viajes*, publicados por M. H. Ternaux-Compans.)

[2] Esta ceremonia está acorde con la que describe Miguel de Loarca, en 1582. Este sacrificio tiene por objeto apaciguar á *Varanguo* ó arco íris.

[3] Miguel de Loarca dice que se puede sacar del cocotero, con la mayor facilidad, una cantidad prodigiosa de vino : « Un indio, dice, puede hacer dos arrobas en una mañana : es muy bueno, dulce, y se puede estraer de él mucho aguardiente y vinagre. »

aldeas principales son : Cingapola, Mandani, Lalan, Lalutan, Lubucin. Todas ellas nos eran sumisas y nos pagaban una especie de tributo.

Cerca de la isla de Zebú se halla otra que se llama Mactan [1], con un puerto y una aldea del mismo nombre. Allí era donde estaban fondeados nuestros buques, y donde se hallaba el pueblecito de Bulaia, que quemamos.

El viernes 26 de abril, uno de los gefes de la isla llamado Zula, envió al general á uno de sus hijos con dos cabras y un recado, diciéndole que si no le enviaba todo cuanto le habia prometido, no era culpa suya sino de otro gefe llamado Cilapulapu, que no queria reconocer la autoridad del rey de España; pero que si el general le enviaba solamente una lancha, con algunos hombres armados, se comprometia á batir y á someter á su rival.

En cuanto recibió el capitan este mensaje, se determinó á transportarse allá con tres lanchas; nosotros le suplicamos que no fuese en persona, pero él nos contestó que como buen pastor no debia abandonar á su ganado. El rey cristiano le aconsejó que no emprendiese aquello, porque tenia aviso que los dos reyes que le habian prometido obediencia y el otro cuya aldea habia quemado, estaban ya en Mactan aguardándolo con mas de seis mil hombres. Magallanes no quiso admitir este consejo ni atender á nuestras súplicas; partimos, pues, á media noche, en tres bateles con sesenta hombres armados y cubiertos de cascos y corazas, porque los demás aun estaban enfermos por el hambre que habian padecido en el grande Océano Pacífico. El rey cristiano, vista su determinacion, quiso acompañarlo con mil hombres que se embarcaron en canoas. Llegamos á Mactan antes de amanecer; era bajamar y no pudieron los bajeles acercarse á la poblacion á tiro de ballesta. Queria Magallanes embestir luego, y el rey amigo le aconsejó que no lo hiciese hasta el dia, porque sabia que tenian hechos muchos hoyos, y en ellos elevadas estacas agudas en gran cantidad, donde su gente pereceria; rogóle, en fin, que le dejase acometer primero con sus mil indios, y que favoreciéndole con sus castellanos, tendria la victoria segura; pero Magallanes no lo consintió, y le dijo que se estuviese quieto, mirando como peleábamos.

Aguardamos, sin embargo, á qué amaneciera como nos aconsejó el rey de Zebú, y saltamos entonces á tierra con agua hasta la cintura, por no poderse acercar los bateles á la costa á causa de las rocas y de la bajamar. Dejamos once hombres en las barcas para guardarlas, y quedamos solamente cuarenta y nueve para combatir.

Fuimos á la villa donde no hallamos á nadie, y habiendo pegado fuego á las casas, se presentó un batallon de indios por un lado; estando peleando con él, se descubrió otro por distinta parte, por lo cual se dividieron los nuestros, pero cargaron tanto los enemigos que nos volvimos á juntar. Terrible fué la lucha; peleamos gran parte del dia hasta que los ballesteros no tuvieron mas saetas ni los arcabuceros pólvora. Confiados en la superioridad de su número y mas enfurecidos á la vista de las llamas y de los pocos heridos que les hicimos, nos arrojaban nubes de lanzas, pedruscos, leños ardiendo y tierra; nuestra posicion era muy crítica y la defensa harto difícil. Viendo los enemigos que nuestra armadura nos resguardaba de sus tiros las cabezas y el cuerpo, apuntaron á nuestros piernas sus lanzas, piedras y flechas. Una de estas últimas, que estaba envenenada, vino á herir en el muslo á nuestro general Magallanes, que nos mandó, al momento, retirar lentamente y en buen órden.

Las bombardas que teníamos en los bateles no nos servian para nada, por hallarse estos muy distantes á causa de la bajamar. Ibamos retrocediendo poco á poco sin dejar de pelear, y nos hallábamos ya á un tiro de ballesta de los bateles, cuando los indios, redoblando sus esfuerzos, nos lanzaron tal cantidad de proyectiles, que no pudimos resistirlos. El general, sobre todo, era el blanco de sus tiros y de su ira; una pedrada le arrancó el casco de la cabeza y no por eso cedió, pero un isleño logró darle una lanzada en la frente, y aunque Magallanes le atravesó á su vez con la suya, cargaron sobre él tantos enemigos

[1] Si la isla de *Zebú ó Zubu* tiene unas cien leguas de contorno sobre unas cincuenta de longitud y cerca de 3,600 indios de poblacion, la isla de *Matan ó Mactan*, distante de la primera solo unos dos tiros de arcabúz, y cuyo gefe se mostró tan hostil á los europeos, es mucho menos considerable. Se le dan solo cuatro leguas de contorno y media de ancho, con unos 400 habitantes esparcidos en tres ó cuatro aldeas. Zebú es hoy dia sede episcopal, y se la considera como la segunda ciudad del archipiélago. Su territorio no es muy fértil.

que sucumbió gloriosamente en su puesto, bajo los repetidos golpes de aquellos salvajes. De este modo pereció nuestro guia, nuestra luz y nuestro sosten. Caido y agoviado bajo el número de sus enemigos, se volvió varias veces hácia nosotros para ver si podíamos salvarnos. Ninguno de nosotros pudo socorrerle ni vengarle, porque todos estábamos heridos de mas ó menos consideracion, y puede decirse que debimos la vida á nuestro capitan, porque en cuanto este cayó, todos los isleños se arrojaron sobre él.

Viendo el rey cristiano que Magallanes era muerto y que nosotros, y él despues, estábamos á pique de perecer, determinó socorrernos, y fué tan á propósito que pudimos embarcarnos en los bateles y volver á las naos, donde se renovó el sentimiento y llanto de la gente, no solo por lo que queríamos á nuestro general, sino por el gran concepto que nos merecia á todos, pues con él íbamos de buena gana á cualquiera parte, aunque fuese sufriendo trabajos.

Pero la gloria de Magallanes sobrevivirá á su muerte. Era sufrido, valiente, sobrio, instruido, leal y buen cristiano. En medio de las mayores adversidades dió constantemente pruebas de perseverancia y grandeza de ánimo. En el mar se condenaba á mayores privaciones que el resto de la tripulacion. Práctico en el manejo de las cartas náuticas, poseia perfectamente el arte de la navegacion, como lo ha probado dando el primero la vuelta al mundo [1].

La funesta pelea en qué perdió la vida tan esclarecido marino, acaeció un sábado, 27 de abril de 1521, dia escojido por nuestro desgraciado capitan, por tener en él una devocion particular. Perecieron con él ocho de los nuestros y cuatro indios bautizados; todos los demás estábamos heridos. Los enemigos, que eran unos 1,500, tuvieron quince muertos vistos, la mayor parte por las bombardas.

Por la tarde, el rey cristiano mandó decir, con nuestro permiso, á los habitantes de Mactan, que si querian devolvernos el cadáver de nuestro malogrado capitan y los de los demás compañeros nuestros, les daríamos todas las mercancías que nos pidiesen; pero nos contestaron que por ningun precio se desharian del cuerpo de un hombre como nuestro general, y que querian guardarle como trofeo de su victoria.

A la noticia de la muerte del general, los que se habian quedado en la ciudad, con objeto de traficar, hicieron transportar al momento sus mercancías á los buques. En cuanto á nosotros, elegimos para reemplazar á Magallanes á Duarte Barbosa, portugués, y á Juan Serrano, español.

Nuestro intérprete, llamado Enrique, que era esclavo de Magallanes y habia sido levemente herido en la refriega, alegaba siempre este pretesto para no volver mas á tierra, adonde era muy necesario para nuestro servicio, y pasaba todo el dia recostado en una estera. Duarte Barbosa, capitan de la nao que mandaba Magallanes, le reprendió agriamente y le dijo que la muerte de su amo no variaba su condicion, y que de vuelta á España le entregaria á doña Beatriz, viuda de Magallanes. Amenazóle en seguida con hacerle azotar si no iba á tierra al momento para el servicio de la armada.

Levantóse el esclavo sin hacer caso, al parecer, de las amonestaciones y amenazas del nuevo capitan. Bajó á tierra y fué á verse con el rey cristiano, á quien dijo que íbamos á partir muy en breve, y que si queria seguir sus consejos, podria apoderarse de nuestras naos con todas las mercancías. Escuchóle el rey favorablemente, urdieron ambos una traicion, y volvió á bordo el esclavo, manifestando, al parecer, las mejores disposiciones.

A la mañana siguiente, primero de mayo, mandó á decirnos el rey cristiano que tenia preparado un magnífico presente de piedras preciosas para el rey de España, y que para entregárnoslo nos rogaba que fuésemos á comer con él aquel dia. Así lo hicieron veinte y cuatro, entre los cuales se hallaba nuestro astrólogo, llamado San Martino de Sevilla. Yo no fuí, ni otros heridos tampoco, por no permitirlo el estado de nuestras heridas. Juan Carvallo y el preboste volvieron inmediatamente á bordo, porque sospecharon la mala fé de los indios.

Apenas llegaron á bordo cuando oimos gritos lamentables; levamos al momento anclas, nos acercamos á la costa y disparamos las bombardas contra las casas. Al poco rato vimos sacar á Juan Serrano y conducirlo hácia la orilla herido y maniatado : nos dijo que no disparásemos mas las bombardas, porque sino

[1] Magallanes no dió enteramente la vuelta al mundo, pero Pigafetta dice que la dió completa, porque los portugueses conocian muy bien el resto de la derrota de las Molucas á Europa por el cabo de Buena Esperanza.

le matarian. Preguntámosle el paradero de sus compañeros y del intérprete, y nos respondió que todos habian sido degollados, menos el último porque se pasó á los isleños. Nos suplicó que le rescatásemos con mercancías, pero Juan Carvallo y algunos otros se negaron á ello y no permitieron á los bateles que se acercasen á la orilla, porque con la muerte de los dos gobernadores que habíamos elegido para substituir á Magallanes, correspondia el mando de la armada á Juan Carvallo, portugués. Por mas que imploró piedad el desgraciado Juan Serrano y aplazó á Carvallo para comparecer ante Dios, este no solo le desoyó, sino que nos mandó alejarnos, sin que desde entonces hayamos vuelto á saber nada del infeliz Serrano (1).

La isla de Zebú es grande, tiene un buen puerto con dos entradas, una al oeste y otra al este nordeste. Se halla á los 10 grados de latitud norte y 154 de longitud de la línea de demarcacion. En esta isla fué donde, antes de la muerte de Magallanes, obtuvimos datos sobre las islas de Maluco (2).

Dejamos á Zebú y fuimos á fondear á la punta de otra isla llamada *Bohol*, distante 18 leguas de la primera. Como la tripulacion habia quedado diezmada con tantas pérdidas como sufrimos, y no éramos bastantes para tripular tres naos, nos determinamos á quemar una que fué la *Concepcion*, despues de haber transportado á las otras dos todo cuanto podíamos utilizar. Hicimos despues rumbo hácia el sur sudoeste y costeamos una isla llamada Panilongon, cuyos habitantes son enteramente negros. Proseguimos nuestro camino y llegamos á una isla llamada Butuan (3), donde echamos el ancla. El rey de la isla vino á bordo de nuestra nao, y para darnos una prueba de amistad y alianza, se sacó sangre de la mano izquierda y se pintó con ella el pecho y la lengua (4); nosotros hicimos la misma ceremonia. Al marcharse el rey le acompañé yo solo para ver la isla; entramos en un rio donde vimos á muchos pescadores, desnudos como el rey y solo con un simple delantal, los cuales nos propusieron pescado. Subimos por el rio en una canoa, vimos muchas casas en ambas márgenes, y al cabo de dos horas de remar, llegamos á la habitacion del rey, distante una legua de las naos.

Mientras nos preparaban la cena, el rey con dos de sus cortesanos y dos de sus mujeres, bastante bonitas, agotaron un gran vaso de vino de palmera, sin haber comido nada, y haciendo antes de beber las mismas ceremonias que el rey de Masana. La cena se compuso de arroz y de pescado salado, servido en platos de porcelana. El arroz les sirve de pan; le cuecen y amasan hasta que adquiere su consistencia.

Acabada la cena, hizo traer el rey una estera de cañas con otra de palmera y una almohada de hojas; era mi cama, y dormí en ella con uno de los gefes. El rey durmió en otra parte con sus dos mujeres.

Al siguiente dia, fuí á dar una vuelta por la isla mientras preparaban la comida; entré en varias chozas, y las hallé iguales á las de las demás islas que habíamos visitado; ví en ellas muchos utensilios de oro, pero muy pocos víveres. Volví adonde estaba el rey y comí con él siempre pescado y arroz.

Logré hacer comprender al rey, por medio de ademanes, que deseaba ver á la reina. Pareció lisonjeado con mi deseo, y me condujo á la cumbre de una montaña adonde estaba su habitacion. Hícela una reverencia, al entrar, y ella me correspondió con otra. Consistia su ocupacion en hacer esteras de palmera para camas y en tocar el timbal para distraerse. Su servidumbre se componia de muchos esclavos de ambos sexos. Despedímonos de ella y volvimos á la habitacion del rey, donde comimos cañas de azúcar.

(1) Consultando los documentos facilitados por Navarrete, los hechos que refiere Pigafetta son rigorosamente exactos. Añadiremos algunos detalles á los suyos. El esclavo malayo que representa el principal papel en este funesto acontecimiento, se llamaba, segun Gomara, Enrique de Malaco. Magallanes le habia comprado en Malaca, durante su viaje á las Indias, y le llevó á España, donde aprendió admirablemente el castellano sin olvidar su lengua nativa. No sabia ni el tagale, ni lo que era mas necesario, el bisaya, pero uno de sus compatriotas residia en Zebú muchos años hacia y hablaba bien este idioma. Gracias á estos dos intermediarios, el capitan general y el gefe indio podian entenderse.

(2) La isla de Zebú no guardó mucho tiempo su independencia; un osado guipuzcoano, establecido en Méjico, fué comisionado por la *audiencia* de este punto para conquistar las Filipinas; Miguel Lopez de Legazpi partió, pues, á desempeñar su comision y sometió una parte del archipiélago. Murió en Manila, ciudad que fundó en 1574. Sucedióle Guido de las Vezaris y aumentó considerablemente las conquistas de su predecesor. Bajo su mando llegaron los primeros juncos chinos para comerciar en Filipinas.

(3) La bahía de Butuan, en la cual desemboca un rio magnífico, presenta muchas dificultades antes de llegar á su puerto, pero no fueran capaces de arredrar á Magallanes. Este gran navegante se atrevió á pasar el estrecho de Surigao, sin reconocerlo antes, paso que es aun hoy dia sumamente difícil para los mas esperimentados.

(4) Los Rios de Manzanedes describe la misma ceremonia ochenta años despues. Probablemente existe todavía en Madagascar y otros puntos de aquellas regiones.

Hallamos en esta isla cerdos, cabras, arroz, gengibre y todo cuanto habíamos visto en las otras, pero lo que mas abunda es el oro. Enseñáronme unos valles, y me dieron á entender por señas que habia en ellos mas oro que cabellos en nuestra cabeza; pero que, no teniendo hierro para beneficiar las minas, seria necesario un gran trabajo, que ellos no querian hacer.

Por la tarde, dije que queria volver á las naos, y el rey y varios de los gefes de la isla quisieron acompañarme en el mismo balangai. Mientras bajábamos por el rio ví á nuestra derecha, en un montecillo, á tres hombres ahorcados de un árbol. Pregunté quiénes eran, y me respondieron que eran malhechores.

Esta parte de la isla, que se llama Chipit, es una continuacion de la misma tierra que Butuan y Calagan y confina con Masana (1). El puerto es bastante bueno y se halla á 8 grados de latitud norte, á 167 de longitud de la línea de demarcacion y á 50 leguas de Zebú. Al noroeste se halla la isla de Lozon (2), distante dos jornadas de allí. Esta última es mas grande, y cada año van allí á comerciar seis ú ocho juncos tripulados por habitantes de unos pueblos llamados lequies (3). En otro paraje hablaré de Chipit. Cuando nos ausentamos de esta isla, nos dirijimos al oeste sudoeste y fuimos á fondear á una isla casi desierta cuyos habitantes, en muy corto número, son unos moros desterrados de una isla llamada Borneo. Van desnudos, como los de todas aquellas islas, y armados de cerbatanas y aljabas llenas de flechas envenenadas. Tienen tambien puñales con mangos guarnecidos de oro y piedras preciosas, lanzas, porras y corazas hechas con pellejo de búfalo: al vernos nos tomaron por santos ó dioses. Hay en la isla muchos y grandes árboles, pero pocos víveres. Se halla á 7° 30′ de latitud septentrional, á 43 leguas de Chipit, y se llama Cuayagan ó Cayagan (4).

Siguiendo desde esta isla la misma direccion hácia el oeste sudoeste, llegamos á una gran isla bien provista de toda clase de víveres, que fué para nosotros un áncora de salvacion, pues sufrimos tanta hambre durante algun tiempo, que varias veces estuvimos á punto de abandonar nuestras naves y de establecernos en alguna de aquellas tierras para terminar en ella nuestros dias. Esta isla, que se llama Puluan (5), nos proveyó de cerdos, cabras, gallinas, bananas, nueces de coco, cañas de azúcar, unas raices parecidas á los nabos, y arroz. De este último se estrae un vino, por medio del alambique, mas fuerte y mejor que el vino de palmera. Fué esta isla para nosotros una verdadera tierra de promision. Está situada á 9° 20′ de latitud septentrional y á 171° 20′ de longitud de la línea de demarcacion.

Nos presentamos al rey, que contrajo con nosotros alianza y amistad, y en prueba de ello, habiéndonos pedido un cuchillo, se sacó con él un poco de sangre del pecho y se tocó con ella la frente y la lengua. Nosotros hicimos otro tanto.

Aquellos habitantes van igualmente desnudos y adornados con anillos y pendientes. Casi todos cul-

(1) Es la isla de Mindanao, nombre que, segun Rienzi, significa *habitante de los lagos*, porque hay muchos allí. Despues de Luzon es la mas considerable del archipiélago, pues se dice que tiene 135 leguas del este al oeste y 75 del norte al sur. Su circunferencia es de unas 300 leguas.

(2) Domeni de Rienzi da la etimología de este nombre: « Los vencedores la llamaron así, dice, de la palabra tagal *lusong*, que significa mazo, á causa de la cantidad de estos que habia á la puerta de cada casa, y de los cuales se sirven aun hoy dia para mondar el arroz. Los pueblos que ocupaban esta isla, han sido rechazados á las regiones desconocidas del interior, donde andan errantes en medio de las selvas, peñascos y precipicios de las montañas. Son grandes, bien formados, van casi desnudos, siempre armados, y viven por tribus formadas de varias familias sin apariencia de gobierno ni religion. »

(3) En la tabla III de Ramusio, se lee, al oeste de Luzon, que dicho autor escribe Pozon: « *Canali donde vengono gli Lequii.* »

(4) En la tabla XVIII de Urbano Monti, la isla de Cayagan, rodeada de isletas, se halla marcada en la misma direccion.

(5) Reinaba antiguamente mucha incertidumbre sobre este archipiélago, pero hoy dia ha desaparecido toda duda con las obras que se han publicado, y sobre todo, con los hermosos y grandiosos mapas de la grande obra de la comision científica de las Indias neerlandesas. Paluan es una de las mayores islas del archipiélago que visitaron entonces la *Victoria* y la *Trinidad*, pero tambien una de las menos conocidas. Forma parte del grupo de las *Calamianes*, y una parte de sus costas está sometida al sultan de Solú. Los españoles no poseen allí mas que una corta porcion de territorio en la costa nordeste, donde han establecido el puesto de Tay-Tay.